

EL PASADO DEL TIEMPO EN ARISTÓTELES

Por: **Heinrich Hüni**

Universidad de Wuppertal

Traductor: **Julio César Vargas Bejarano**

Universidad del Valle

*Ach, das Gespenst des Vergänglichlichen,
durch den arglos Empfänglichlichen
geht es, als wär es ein Rauch*

Rilke, *Die Sonette an Orpheus II, XXVII*¹

El coro dice a Electra en la tragedia de Sófocles: “El tiempo es un dios benéfico”² y la motiva a hacer uso de la posibilidad de actuar concedida por los poderes del mundo. Ya anteriormente el maestro se había pronunciado sobre el aprovechamiento de la oportunidad, el *kairós*, como la más grande ayuda para la acción humana.³ En el mismo sentido habla Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* del tiempo como el “descubridor o buen colaborador” (*EN I 7, 1098a 23*) de toda aspiración humana. E igualmente se refiere al aprovechamiento de la oportunidad como decisivo para el comercio (*EN II 2 1104a 9* y *III 1, 1110a 14*). Aristóteles puede denominar a este *kairós* simplemente como un *nyn*, un ahora (*EN X 3, 1174a 9*). Este modo de expresar el tiempo no hace referencia en absoluto al tiempo de los relojes, si no que se refiere a los hechos de la historia de la vida misma. Con ello se trata del reconocimiento de aquello por medio de lo cual una acción o una historia puede llegar a realizarse. Pues, si la historia ha llegado a ser posible, ello no sólo es obra de las historias.

Sin embargo, la estructura del mundo que ahora consideramos y que a su vez es tema del preguntar filosófico, es una posibilitante que no está simplemente a disposición, sino que aparece tan sólo en la aprehensión de sus efectos y sólo puede ser considerada en esta

1 “Ah, el fantasma de lo efímero/ que atraviesa como el humo/ a quien cándidamente le acoge”.

2 *Electra*, v. 179.

3 *Ibidem*, v. 75.

medida. No hay tiempo antes de las historias, sino que tan sólo la historia conoce el tiempo y puede saber algo de él. De manera que para el preguntar filosófico lo propiamente primero es la historia, a cuyo tema pertenece el tiempo. En este artículo me propongo reconstruir la tematización aristotélica del tiempo a partir de ocho pasos.

1. El ente como ser móvil

La más fuerte e inabarcable manifestación del ente es para Aristóteles el **movimiento**. Sus temas son los movimientos en el nombrar y el decir, en los propósitos y en las declaraciones del lenguaje, los desarrollos en el todo de la naturaleza y en los seres vivos en particular, en las actividades del alma humana, los procesos en la praxis certera y en las imitaciones y finalmente en los períodos del saber mismo. La búsqueda del significado fundamental del ente debe conducir hacia una **pluralidad** en cuanto considera los movimientos que se manifiestan. “El ente se dice de muchas maneras” (*Met.* IV 2), pues el ente es preferiblemente en movimiento.

Aristóteles utiliza su más alta expresión del ser para designar los movimientos: la *energeia* (*Cfr. Met.* IX 3). Esto resulta más comprensible cuando pensamos que el fenómeno del movimiento es realizado la mayoría de las veces por la vida que se mueve a sí misma y que, si bien el modelo mecánico permite una visión de conjunto, dicho fenómeno del movimiento sin embargo debe servir para la aclaración de algo más alto, esto es, lo viviente.

Para Aristóteles el ente en cuanto tal, que se manifiesta en una determinada pluralidad, no está en movimiento. Los distintos tipos de movimientos pueden llegar a ser determinados y diferenciados unificadamente sobre la base de los movimientos que se aparecen, y que se han presentado y han sido previamente analizados por las preguntas de la llamada filosofía primera. Allí se ofrece especialmente el ámbito de la naturaleza. Ella está tan determinada por el fenómeno del movimiento, que podemos plantear la pregunta por la eternidad de este movimiento (*Phys.* III y IV). En cierto sentido, el movimiento natural eterno es el magnífico representante del ente inmodificable en cuanto tal. Debemos recordar aquí que la filosofía ha surgido principalmente a partir de la consideración de la naturaleza y de este modo se ha encontrado a sí misma. De otra parte, la filosofía que está realizándose debe recordar a partir de qué vida ella ha planteado sus preguntas y las sigue planteando.

2. El habla y la disposición del tiempo

La vida es la praxis fundada en el lenguaje. En la *Ética a Nicómaco* fue señalado algo que resulta de gran interés para nuestra pregunta por el tiempo, se trata de la prehistoria del lenguaje. La investigación de Aristóteles sobre los enunciados, *Peri hermeneias*, comienza con la diferenciación entre *onoma* y *rhema*, entre el nombre y lo expresado (cap. 2 y 3). Ambas son expresiones simplemente enunciativas y no devienen naturalmente, sino

que provienen del legado lingüístico establecido. Antes de que Aristóteles haya tenido presente la diferencia categorial (*kath hetérou legómenon*), designó “lo co-anunciante del tiempo (*das die Zeit Mitanzeigende*)” como la principal diferencia. El verbo es la palabra temporal prioritaria, esto es, la palabra para el tiempo.

Quien habla informa algo y a la vez co-anuncia el tiempo coexistente, más aún como un tiempo existente alrededor del hablante (*ton parón ta prosemaínei chrónon, ta de ton périx*). Quien habla informa algo que sucede en el tiempo y con ello detiene el pensamiento (*hístesi*). El tiempo como lo co-presente se inaugura con el movimiento del lenguaje y de la comunicación. Se puede, entonces, afirmar que la dimensión temporal se despliega con la presencia expresada. El lenguaje pone en juego al tiempo, de manera que toda diferencia temporal es diferencia expresada originariamente. Lo expresado es lo indicado, y lo indicado como tal rebasa lo percibido y también lo presentificante y lo presente.

Esto se confirma en la *Retórica*. Allí (I 3) se diferencian como se sabe, —en la perspectiva del oyente, esto es, en la perspectiva de la relación de habla—, tres tipos diferentes de habla: deliberativa, judicial y representante (*symboleutikón, dikanikón, epideiktikón*). Posteriormente son caracterizados los tiempos (*chrónoi*) propios de tales tipos de habla: al deliberante corresponde lo adveniente (*méllon*), al judicial lo acontecido (*genómmenon*) y a lo representante lo presentificante (*parón*); sin embargo, este último puede aprehenderse en los tres primeros ámbitos. No debemos representarlos simplemente como espacios temporales concluidos, que son a la vez referibles. Debemos entender más bien que tan sólo mediante el habla se abren tales perspectivas, y debemos aceptarlas ante todo como perspectivas del hablar humano. Podemos denominarlas tiempos formalizantes, en la medida en que con ello consideramos su procedencia. En todo caso dicho hablar constituye la interioridad de las acciones y de la historia y con ellas están dadas las dimensiones originarias.

3. Sobre la doctrina del movimiento (*Kineologie*)

El lenguaje instauro el tiempo en general; en la investigación del **movimiento** como fenómeno fundamental de la naturaleza se efectúa su tematización expresa (*Phys.* III 1 y ss). Aristóteles da inicio a su investigación con la afirmación de que “fuera de las cosas no hay movimiento” (*Phys* III 1 200b 33). El ente es siempre, según Aristóteles, *ousia*, un ente singular, y el movimiento es una determinación del ser de uno de dichos entes. Ahora bien, una distinción fundamental del ente, a saber: la realidad y la posibilidad, resulta productiva para aclarar el movimiento mismo. No sólo aparece una cosa, sino que dicha cosa aparece en movimiento. Una cosa se muestra en un movimiento real, esto es, percibido como lo capaz y posible para este movimiento. Algo muestra y comprueba su posibilidad sólo en un movimiento, de lo contrario no podríamos contemplarlo. Lo posible sólo aparece en un movimiento, y éste es siempre algo real. Según el asunto aquí tratado y según Aristóteles, el movimiento es “la realidad de lo posible en cuanto posible”.

Ahora podemos diferenciar las especies de movimiento: cambio, aumento y disminución, desplazamiento, y al margen generación y corrupción. Sin embargo, los fenómenos de espacio y tiempo (mejor dicho, de lugar y de tiempo) que allí comparecen deben ser investigados (*Cfr. Phys. IV*).

El concepto de espacio que para nosotros resulta sobreentendible, es decir, el espacio como lo separado, la simple distancia (*diástema*) y vacío (*kenón*), es no sólo incomprensible, sino que también refleja una confusa percepción y comprensión de Aristóteles. Lo que debemos considerar es más bien el mismo cuerpo en su desplazamiento, ya que tan sólo ese movimiento dirige la atención hacia el lugar, hacia el *topos*. Pues ese movimiento instauro y comprueba las diferencias corporales como posibles lugares, es decir: como lo propicio para este movimiento, pero también lo no propicio. Si no hubiera desplazamiento, entonces no podríamos buscar el lugar y mucho menos percibirlo. Pero, ¿cómo relacionamos el movimiento con el tiempo, tema de nuestra investigación? (*Phys. IV 10 ss*). Si el tiempo no es algo al modo de una cosa física o algo perceptible, ¿dónde aparece entonces el tiempo?

4. Historia y movimiento natural

Los movimientos naturales dejan aparecer el fenómeno del lugar y también llevan a plantear la pregunta propia del tiempo. La meditación sobre una historia deviene narración, la cual a su vez es historia recordada e imitada. Sin embargo, la reflexión sobre el **movimiento de la naturaleza** conduce a algo nuevo: al tiempo. Lo anterior y lo posterior⁴ en una narración juegan un rol que funda sentido y a la vez genera relaciones, se trata de contenidos de un contexto de vida humano. Con ello se trata también de una autoafirmación y de un autoconocimiento. Sin embargo, con la consideración del movimiento natural y mediante la ya sabida diferenciación entre lo anterior y lo posterior planteamos una pregunta por el orden del tiempo. Si bien el tiempo no es idéntico con el movimiento de lo natural, de todos modos le pertenece; en otros términos, el tiempo no proviene directamente de este movimiento, pero está referido a él. Si queremos determinar exactamente el origen del tiempo debemos partir de dicho presupuesto.

El tiempo está siempre en relación con un movimiento, pero también una diferencia aparece ya desde el comienzo, pues el movimiento perceptible depende de lo móvil; pero el tiempo no está limitado al movimiento, ya que él no concierne a un movimiento particular. Pues, de hecho, un movimiento puede transcurrir más rápido o lento que otro y nos parece imposible querer aplicar esta misma relación al tiempo. Por ello Aristóteles inicia sus reflexiones formulando la pregunta: ¿Qué es el tiempo en el movimiento? (cap. 11, 219a 3). A continuación me propongo interpretar el pasaje 219a, que es decisivo para la comprensión de la interpretación aristotélica del tiempo.

4 Por razones estilísticas he traducido en algunos pasajes los términos *Früher* y *Später* indistintamente como lo anterior o el antes y lo posterior o el después (N del T).

La base de la investigación aristotélica es la experiencia del movimiento, el cual es a la vez el tema originario de la experiencia. Que un cuerpo esté en movimiento significa que proviene de algo y se dirige hacia algo (*ek tinos eis ti*, a 10 ss). Es decir, el cuerpo no sólo aparece entre otros dos cuerpos o dos marcas corporales, sino que proviene de y está en dirección hacia algo, y por ello afirmamos que es móvil. Lo que aquí aparece como el codeterminante provenir de algo y dirigirse hacia algo significa en el lenguaje común lo anterior y lo posterior, el antes de y el después de, *próteron kai hýsteron* (a 15). Se trata de una diferenciación kineológica (*kineologisch*) que tan sólo aparece con el movimiento real, si bien ella requiere la existencia de una previa diferenciación topológica. Pero como ya lo decíamos, el lugar tan sólo puede expresarse mediante el movimiento. Entonces, lo anterior y lo posterior deben estar siempre en relación con una diferencia topológica; pero sólo adquiere sentido, sentido de orientación, mediante una diferenciación que se realiza precisamente como movimiento.

En este sentido podemos afirmar con Aristóteles: “antes y después”, y no podemos decirlo de ninguna otra manera en absoluto: como después y antes, pues nosotros tan sólo podemos advertir un movimiento cuando éste ya ha empezado. Cuando dirigimos la atención a un móvil sabemos que éste ya se ha movido. Nuestro punto de partida es lo posterior, es decir, el después. Desde allí volvemos la mirada hacia atrás, asumimos lo acontecido y miramos de nuevo hacia adelante. Así, hemos diferenciado lo anterior y lo posterior. Sólo podemos prever la orientación hacia algo, porque el movimiento es lo abierto, aquello hacia lo cual el movimiento realmente conduce. Lo posterior es propiamente lo primero. Y llega a ser tan sólo lo posterior a partir de lo anterior, de lo que ya ha estado a la vista. Si bien, mirando en retrospectiva, el movimiento necesita de varios lugares, sin embargo lo kineológico (*Kineologische*) es el fundamento de lo topológico. ¿Pero están en juego solamente el movimiento y el espacio en la experiencia del movimiento? ¿En qué consiste el proceso aquí descrito?

5. De la generación del tiempo

La primera mirada se dirige hacia el ente en movimiento. El ente es percibido, además de como él es en sí mismo, como un tránsito de lo anterior a lo posterior. Aristóteles afirma en este sentido: “Lo anterior y posterior en el movimiento es lo que es tal movimiento” (a 20). Entonces el movimiento, en el cual percibimos lo movido, produce su antes y después. Aristóteles continua: “Con todo, el ser se diferencia de aquellos y no es movimiento”. Si bien lo anterior y lo posterior pertenecen al movimiento, se trata sin embargo de algo distinto, pero a diferencia de lo visto anteriormente no es algo topológico. ¿Qué significa que un movimiento sea formulado expresamente según lo anterior y posterior, según el antes y el después? ¿Qué otro determinante puede condicionar a lo anterior y lo posterior?

Aristóteles prosigue: “Pero también reconocemos el tiempo cuando delimitamos (*horisomen*) el movimiento” (a 22). Ahora debe surgir el tiempo, pues delimitar un movimiento

significa a la vez hacer conocido el tiempo. El movimiento mismo es entonces delimitado cuando nosotros lo percibimos no sólo con relación a lo móvil como su determinación, sino cuando lo aprehendemos junto con su antes y después; no vemos más lo anterior y posterior como relativo a su desplazamiento. Si nosotros esbozamos el movimiento sucedido, entonces le otorgamos a su definitivo antes y después un nuevo significado. No se trata ya de la limitación a lo topológico, sino del surgimiento de lo **cronológico**, de lo temporal.

Si nos resulta comprensible este “movimiento-delimitado”, entonces estamos ante el umbral del tiempo. Aristóteles exige para su aclaración que “nosotros aprehendamos en el movimiento una percepción (*aísthēsin lábomen*) de lo anterior y posterior” (a 24). Normalmente percibimos tan sólo lo móvil junto con lo anterior y posterior del movimiento. La ampliación de la percepción al movimiento efectuado junto con su amplísimo antes y después, es decir, la más amplia percepción significa el primer conocimiento del tiempo. **Afirmar un movimiento como tal significa tomar conciencia del tiempo.** Aristóteles mismo resume la percepción del movimiento de este modo: “Decimos, entonces, que el tiempo ha pasado” (a 24).

La palabra debe resaltar expresamente lo que abarca la más amplia percepción, pues lo ya experimentado tan sólo se deja aprehender en lo expresado. Y eso es el tiempo como pasado. Ya que el hablar co-anuncia originariamente al tiempo, puede formular la experiencia del tiempo natural. Pero este tiempo vivido es, según el sentido esbozado por él mismo, pasado. **El tiempo que está generándose se presenta como pasado.**

6. El decir “ahora”

El tiempo ha aparecido con el tránsito de la observación y del seguimiento del móvil en su movimiento hacia la percepción del movimiento mismo como un todo, ahora delimitado. Este paso está fundado en el análisis del movimiento, de manera que su procedencia es conocida y su dirección anunciada. Pero, ¿cómo se realiza este tránsito, qué opera en él como fuerza impulsora?

Resumamos lo planteado hasta aquí: delimitamos el movimiento en la medida en que lo contemplamos como un todo entre sus marcas de lo anterior y posterior, que ahora son interpretadas como definitivas. Sin embargo, esto significa que ahora determinamos como observadores la frontera entre lo anterior y lo posterior. ¿Qué es lo que nos permite realizar este paso? Tomamos posición respecto de un movimiento en la medida en que **decimos “ahora”**. Si queremos motivarnos, esto es, cuando queremos pasar de la reflexión a la acción, podemos decirnos a nosotros mismos, en nuestra propia historia, “ahora”. Podemos decir “ahora”, si esperamos o tememos ante todo algo para nuestra vida. Recordamos con ello nuestro propio movimiento. Sin embargo, la palabra “ahora” tiene sentido tan sólo en relación con un movimiento, con todo no surge aquí cualquier tiempo.

Otra cosa sucede cuando tomamos posición frente a un movimiento exterior o ajeno. Nos posicionamos explícitamente frente a ese movimiento en un ahora que está —en mayor o menor medida— expresado y debemos afirmar un **segundo “ahora”** para determinarlo como movimiento. Un “ahora” único no sería ninguna toma de posición sobre un movimiento como tal, para ello necesitamos de otro “ahora”. Sin embargo, producimos con esta diferenciación, dirigida hacia el exterior, un antes y después comprendido de otro modo y así hemos diferenciado en el movimiento algo nuevo, a saber: el tiempo. El tiempo es movimiento externo que ha sido reflejado por nosotros. Hablamos del movimiento en los límites que han sido expresados desde nosotros. Dicho en los términos de Aristóteles: “Si el alma dice dos horas, el uno como anterior y el otro como posterior, entonces afirmamos que eso es tiempo” (a 27). Por tanto, el tiempo es algo **leído en el movimiento mentado por nosotros**.

Ningún tiempo reside sólo en el ahora y el ahora no es jamás parte del tiempo, aunque él participa en su génesis (*cf.* cap. 10, 218a 6). Un ahora puede ser expresado, pero se trata de la auto-anunciación y del auto-posicionamiento de quien tiene la posibilidad de hablar, de manera que dicho ahora pertenece a su historia. El ahora es, como Aristóteles lo pone de manifiesto, límite (*péras*, 218a 24). Pero no se trata de un límite perteneciente al tiempo, sino de una frontera preestablecida para el observador. Debemos dirigir la expresión de **nuestro ahora** hacia un movimiento independiente y diferenciar con un segundo ahora un antes y después en el movimiento. Dicho ahora proviene de nosotros: es nuestro ahora. Pero por medio de la objetivación llega a ser lo que denominamos tiempo. Nuestro decir “ahora” (*Jetzt sagen*) y la división del ahora en relación con el movimiento ajeno dan origen, en él, a la aparición del tiempo.

7. El tiempo como suma

En la reconstrucción del análisis del tiempo en Aristóteles hemos realizado el paso decisivo de la liberación de lo cronológico, pero la configuración de la objetivación del tiempo no está aún concluida.

No es en una mirada a procesos naturales puros, que puede estar vinculada a la vida o interesada en la praxis, en la que aparece el tiempo, sino en una mirada teórica al movimiento como tal. No hay discusión alguna de lo que aquí se manifiesta, sino que iniciamos aquí otro modo de proceder, a saber, el **numerar**. Pues el conocimiento de que el tiempo es “una especie de número” (*arithmós tis*, cap. 11, 219b 5) pertenece a la determinación aristotélica del tiempo y, como sabemos, dicha determinación plena está formulada en los siguientes términos: “el número del movimiento según el antes y el después” (*arithmós kinésos katá to próteron kai to hýsteron*, b 2).

El tiempo es la cantidad, es decir, la suma tomada de las diferentes marcas de un movimiento que transcurre. Hemos hallado esas diferenciaciones de acuerdo con el antes y el después determinados por nuestro decir “ahora”, más exactamente, en medio de él. Es

nuestro ahora y lo expresamos desde nuestra respectiva historia. En este sentido significa para nosotros siempre algo distinto. Sin embargo, no consideramos nuestro decir "ahora" cuando atendemos a un movimiento ajeno, sino que afirmamos más bien un ahora simplemente posicional. Este ahora es siempre el mismo; sin embargo, aquello hacia lo cual él se dirige es siempre distinto (*cf.*: 2. mitad, cap. 11, 219 b 11 y ss), esto es, al período del movimiento y al antes y al después, que han sido diferenciados en él. Con todo, en adelante nada depende de esta diferencia, pues las diferencias son ahora numeradas.

Así como el móvil con su respectiva singularidad no juega un papel muy importante en la numeración del período de su movimiento, tampoco la especie de movimiento y sus subdivisiones juegan un papel relevante cuando se trata de la adición (*Summierung*) que nosotros denominamos tiempo. Si bien es cierto que medimos el tiempo siempre en el movimiento y en los distintos tipos de movimiento, sin embargo él es en cuanto número numerado siempre el mismo. El tiempo como el número (*Zahl*) es homogéneo y uniforme, pues todo lo numerado es lo **más exterior**.

Puesto que el tiempo se origina en el movimiento, en cuanto este último ya ha sido llevado a cabo, puede ser numerado, y en cuanto numerado es algo plenamente pasado. Con el tiempo numerado ha sido instaurada una especie de pasado puro.

8. Movimiento natural y pasado

El tiempo se origina en un movimiento y concierne a todos los movimientos, pero sólo en la medida en que se origina como lo numerado y totalmente abstracto. Con el tiempo se manifiesta algo en el movimiento, el cual gracias al número llega a ser algo objetivo; sin embargo, permanece siempre ligado a esta perspectiva particular. El tiempo es un epifenómeno. Pero distintos movimientos pueden ser comparados mediante el tiempo leído en un movimiento, esto es, bajo el punto de vista del tiempo numerado. Tan pronto como tenemos la primera experiencia del tiempo podemos diferenciar los movimientos. Y este tiempo numerable requiere del movimiento regular.

La naturaleza está plena de movimiento. Un movimiento regular significa ante todo un movimiento que está a la vez presente. Los movimientos celestes se ofrecen como movimientos presentes periódicamente. Estos movimientos se presentan simultáneamente como movimientos abarcales de todos los otros movimientos y que se sustraen a toda aproximación. Sin embargo, ellos no se presentan en una pura uniformidad que no permita ninguna diferenciación, sino que su presencia y movilidad son radicalmente periódicas. Los movimientos de los cuerpos celestes, ininterrumpidos pero a la vez periódicos y que originan los cambios fundamentales de los días y de los años, se han ofrecido desde un principio para numeración del tiempo. La contemplación del cielo es inevitable y entendemos que en el principio del pensamiento filosófico reinaba una indiferenciación, de ahí la afirmación de Aristóteles de que "el tiempo parece ser el movimiento de la esfera celeste" (*sphaira*,

cap.14, 223b 21 ss y cap.10, 218a 34 ss). Aristóteles planteó su diferenciación en contraposición a dicha aseveración.

Sin embargo, la conexión entre el movimiento natural y el tiempo cuantificado, que ha sido aclarada, aún continúa vigente. En primer lugar, el tiempo no sólo delimita sino que también mide el movimiento, y después este único tiempo numerado mide todos los movimientos. Ya que todos los movimientos pueden ser medidos, concierne a todos “el ser en tiempo” (*to en chróno einai*, cap. 12, 221a 4). Y puesto que en el movimiento tan sólo lo pasado puede ser numerado, y debido a que cada cantidad tiende a ser cada vez mayor, entonces lo pasado se acrecienta. Si olvidamos que toda numeración permanece ligada a nuestro decir “ahora”, entonces el tiempo aparece justamente “como causa de la corrupción”. (*phthorás aítios*, 221b 1).

El pasado del tiempo en Aristóteles

Resumen. *Este ensayo se propone reconstruir la teoría aristotélica del tiempo en ocho pasos, a saber: 1. La movilidad como principal característica del ente; 2. la vida como praxis esencialmente vinculada al habla; 3. la relación expresa entre tiempo y experiencia del movimiento; 4. historia y movimiento natural, en el que se discute la relación y la diferencia entre éstos y el tiempo; 5. se busca mostrar cómo se genera propiamente el tiempo, recogiendo lo pensado en los pasos anteriores; 6. se destaca la posibilidad lingüística de decir "ahora" como momento esencial de la comprensión de la generación del tiempo; 7. se intenta tematizar la relación que Aristóteles establece entre tiempo y número, y, por último; 8. la relación entre pasado y tiempo.*

Palabras clave: Aristóteles, tiempo, pasado, movimiento, historia, ahora.

Past of Time in Aristotle

Summary. *This essay intends to reconstruct Aristotelian theory of time in eight steps which are: 1. Mobility as the being's principal characteristic; 2. life as praxis essentially linked to speech; 3. the explicit relation between time and experience of movement; 4. history and natural movement, in which they discuss their relation and their difference between them and time; 5. this intends to show how time is generated, taking up what was considered in previous steps; 6. the linguistic possibility of saying "now" as an essential moment of the understanding of the generation of time is underscored; 7. it intends to clarify the relation that Aristotle establishes between time and number, and finally, 8. the relation between past and time.*

Key words: Aristotle, time, movement, history, now, past.